

INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

EL TIEMPO DE LA ESPERANZA

Elementos para la renovación de la vida religiosa agustiniana
después del coronavirus



ROMA 2020



*Venid, amigos.
No es tarde para buscar un mundo nuevo,
pues sueño con navegar más allá del crepúsculo.
Y aunque ya no tengamos la fuerza que antaño
movió cielos y tierra, somos lo que somos,
un mismo temple de corazones heroicos,
debilitados por el tiempo, pero voluntariosos
para luchar, buscar y encontrar, y no rendirse.*

*Come, my friends,
'T is not too late to seek a newer world.
[...] For my purpose holds/ to sail beyond the sunset.
[...] We are not now that strength which in old days
Moved earth and heaven, that which we are, we are;
One equal temper of heroic hearts,
Made weak by time and fate, but strong in will
To strive, to seek, to find, and not to yield.*

(A. Tennyson, Ulysses)

Estamos en un momento de crisis, entendida en el sentido fuerte del término (*krisis*, separación, punto de ruptura en el que se decide), nos obliga a pensar y a discernir. En nuestro caso es deseable que nos lleve a cambios profundos, a una conversión fundamentada en el Evangelio mismo. Basta que se derrumbe alguno de los pilares sobre los que construimos nuestro pequeño mundo de seguridades cotidianas para que de improviso nos veamos enfrentados al enigma de lo que somos.

No deja de ser paradójico que un virus, un organismo microscópico que surge de pronto, haya hecho tambalear a la humanidad, abocándola a una crisis inimaginable. Y es también algo muy significativo. Se hunde el paradigma del mundo que conocemos porque el virus ha derrumbado todo un modo de ser y de hacer. Nos creíamos invulnerables, poderosos, autosuficientes; encarnábamos un activismo eufórico y, con frecuencia, prepotente. El Covid-19 ha trastocado nuestros proyectos y nuestra tranquilidad. ¿Nos ha enseñado algo? ¿Nos ha hecho más sabios? Decía San Agustín que “la verdadera sabiduría es humilde. Y la verdadera humildad es sabia”¹. Lo que nos ha sucedido es, sin duda, un fuerte reclamo a la humildad de nuestra condición humana limitada y, ojalá, suponga también un retorno a Dios, una Pascua. El “*plan para resucitar*” que nos propone el Papa Francisco va en esta línea².

Ciertamente no debemos engañarnos, sino mirar la verdad cara a cara: el después del coronavirus va a ser un tiempo trágico y doloroso. Por eso se impone la serenidad, la valentía la inventiva, y la creatividad. No valen ya las recetas de siempre. Hay que buscar caminos nuevos que brotan de la respuesta a dos preguntas fundamentales. ¿Cómo va a ser tu servicio y tu vida como religioso a partir de ahora? ¿Cómo va a ser la vida de la Orden de San Agustín

¹ San Agustín, *Comentario a los Salmos* 112,2.

² Cf. Francisco, “Un plan para resucitar”: *Vida Nueva*, 17 de abril de 2020; Papa Francisco, *La vida después de la pandemia*, Vaticano 2020, 43-52.

después de la pandemia? O dicho con otras palabras: qué hemos aprendido y qué debemos cambiar. Personal y comunitariamente.

Nada podrá ser igual. Se nos presenta una de esas encrucijadas de Historia que exige de nosotros una respuesta entendida como cambio profundo. La pasividad nos llevará a la insatisfacción personal, a una acelerada decadencia como Orden y a la insignificancia. Por el contrario, dar una respuesta nos impulsa a recorrer caminos nuevos desde la coherencia y la autenticidad y a vislumbrar un futuro. Distinto, todavía no perfilado, pero, sin duda alguna, de esperanza.

1. EN LOS UMBRALES DE UN MUNDO NUEVO

1.1. La imprescindible renovación

Estamos ante el reto de la renovación: un modo de ser y de hacer más genuino, más auténtico. Y, por tanto, mucho más atractivo y significativo por ser más coherente. El Papa Francisco ha señalado que “la creatividad del cristiano se tiene que manifestar en abrir horizontes nuevos, en abrir ventanas, abrir transcendencia hacia Dios y hacia los hombres, y redimensionarse en la casa”³.

Abordar al problema requiere superar la inercia y el conservadurismo congénito, sin miedo a las molestias y dificultades que, sin duda alguna, entraña cualquier proceso de cambio⁴. Es apostar de manera decidida por la necesaria renovación, por medio de la cual logremos avanzar hacia un modo de vida más consecuente, más significativo, más feliz.

Hace tiempo que se habla de renovación, de novedad, de transformación. Estos conceptos u otros similares aparecen frecuentemente en discursos y documentos oficiales. Pero en realidad el camino resulta muy difícil y, hasta ahora, los resultados son bastante escasos. Podemos aplicarnos las palabras de Aldo Moro: “La verdad es que hablamos de renovación y no renovamos nada. La verdad es que nos engañamos a nosotros mismos con ser originales y creativos y no lo somos. La verdad es que pensamos en hacer evolucionar la situación pero estamos siempre ahí, con nuestro viejo modo de ser y de hacer, en la ilusión de que, si cambian los demás, cambie el conjunto. Pues bien: no es así. Para que algo cambie debemos cambiar también nosotros”⁵.

Es cierto que la situación originada por la pandemia Covid-19 es compleja y difícil. Aunque también lo es que la Orden ha conocido en su Historia otros momentos de profunda crisis: en el siglo XIV como resultado de la llamada “peste negra”, en el siglo XVI como consecuencia de la Reforma protestante, en el XIX tras las supresiones y desamortizaciones liberales. Pero igualmente encontramos tiempos de renovación profunda, de avance, de crecimiento: en los orígenes del siglo XIII y también en los momentos de crisis, hubo hermanos que se abrieron al

³ Entrevista realizada por Austen Ivereigh y publicada el 8 de abril de 2020 en diversos medios.

⁴ “Aunque se hable en capítulos, en reuniones informales o en distintos foros de encuentro, de la conveniencia de hacer algún tipo de reestructuración o reorganización en una Congregación, cuando se quiere abordar ya en serio, lo más común es que este tema suscite reacciones negativas, porque hay una predisposición a pensar que aceptamos la derrota y la decadencia. Sólo más tarde, cuando se ven los frutos, se considera que mereció la pena hacer tal esfuerzo”: A. Bocos Merino, “Claves para un proceso de reorganización en los institutos religiosos”: *Vida Religiosa* 96 (2004) 386.

⁵ A. Moro, *Lettere della prigionia*, Torino 2009, 172.

Espíritu e impidieron que la vida religiosa agustiniana se cubriera de arena y polvo. Y hoy agradecemos sus iniciativas, las rachas de espíritu profético, sus vivencias religiosas de calidad profunda. Y sus opciones y decisiones.

Pero ¿cómo renovarnos? Evidentemente, “no se trata tanto de hacer fantásticas construcciones previas de algo que después será completamente distinto y que es imposible construir de antemano en el laboratorio, sino vivir para lo esencial que después puede encarnarse y representarse de nuevo. A este respecto también es importante una forma de simplificación que resalte lo realmente imperecedero y sustentador de nuestra doctrina, de nuestra fe. Que las grandes constantes fundamentales, la cuestión divina, la salvación, la esperanza, la vida, lo éticamente sustentador reaparezcan en sus elementos principales y, de este modo, posibiliten nuevas sistematizaciones”⁶. Este es, sin duda, el camino a emprender.

1.2. Una reflexión sobre el hacer

1.2.1. Las claves de la evangelización

La Iglesia es la sociedad formada por los discípulos de Jesucristo, que comienza en Jesús y que incluye a Jesús. Más aún: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Sólo así nos aparece en su radical novedad, en su originalidad, iluminada y santificada por la realidad de Cristo en ella. Y desde ahí podemos entender su tarea evangelizadora. Nuestro hacer es consecuencia de la experiencia de Cristo y, por eso, no es una mera “profesión” o “especialización”, sino un empeño evangelizador que brota del Resucitado y prolonga su misión. Y no olvidemos que la promesa de Cristo no es simplemente sobrevivir, sino resucitar.

El P. Alejandro Moral, Prior General, en su carta con motivo de la Pascua, reflexionaba sobre “la importancia del tiempo que se nos ha dado y en el que vivimos: tan lleno de posibilidades pero, a la vez, tan limitado, tan fugaz”. ¿Lo aprovechamos? ¿Aprovechamos de verdad la vida, tan breve, tan frágil? “Pusimos nuestra ilusión en el hacer y ahora, parada la actividad, podemos preguntarnos: ¿tenía sentido? El sentido lo encontramos siempre en otra realidad superior: el amor. No se trata de volcarnos al activismo, en ocasiones triste reflejo de la vanidad y la soberbia, sino de evangelizar, de ser presencia de Cristo en el mundo, abriéndonos de modo concreto a la misericordia y la compasión. Se trata, sobre todo, de testimoniar el amor al prójimo, al cercano que nos interpela, “porque si no amamos a los hermanos a quienes vemos ¿cómo vamos a amar a Dios a quien no vemos?” (1 Jn 4,20)”⁷.

La realidad del amor es lo que da sentido a nuestro hacer. De no ser así corremos el riesgo de convertirnos en una minoría cerrada en sí misma (autorreferencial, por utilizar un término del Papa Francisco), que ha perdido el rumbo y que busca desesperadamente seguridades en lo efímero (llámese bienestar material, éxito, poder o incluso placer). Debemos convencernos de que no se trata solo de trabajar, sino de evangelizar; no solo de educar, sino de formar líderes cristianos y familias cristianas; no solo de celebrar, sino de transformar. Entonces generaremos vida en estos tiempos de muerte; entonces nuestros días habrán merecido la pena; entonces la llamada de Dios (vocación) habrá encontrado respuesta; entonces los jóvenes se sentirán atraídos con el proyecto que ven reflejado en nosotros y esta será, sin duda, la mejor pastoral vocacional porque será creíble.

⁶ J. Ratzinger, *Dios y el mundo*, Barcelona 2005, 422.

⁷ *Carta del Prior General a los hermanos, hermanas y laicos agustinos*, Roma 9 de abril de 2020.

1.2.2. Hemos conocido el amor

No hace falta ir muy lejos. Durante esta pandemia hemos conocido el testimonio de tanta gente que sabe pasar resueltamente del lamento a la dinámica del servicio, incluso arriesgando la vida. Y nos llegan diariamente noticias de todos los rincones del mundo que nos hablan de una Iglesia movilizada en cada vez más frentes. Muchos católicos, muchos hermanos (laicos, sacerdotes, religiosos, religiosas), entre tantos otros, se han implicado y no han dudado en darlo todo y en darse todo. El Papa Francisco habla frecuentemente de los “*santos de la puerta de al lado*”, aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios”⁸, conscientes de que “aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita signos de su presencia”⁹. En su hacer dan testimonio de amor y, por tanto, son presencia de Dios.

El dolor, el miedo, la impotencia, la soledad, los dramas ocasionados por la pandemia del coronavirus han hecho brotar preguntas terribles: ¿Dónde está Dios? ¿Qué hace Dios? Y parece como si se tambaleara nuestra fe en un Dios bueno. Su silencio se hace muy duro para algunos, como ocurre siempre que nos encontramos ante el mal (*mysterium iniquitatis*). Sería un error obviar estas preguntas, o tratar de silenciarlas. Es preciso reflexionar sobre ellas, buscar la respuesta a la luz de Cristo, mirando a Cristo, muerto y resucitado¹⁰. Como cristianos que somos, no nos situemos fuera de la fe, sino en el interior de ella. Y no busquemos una respuesta intelectual, sino existencial. Dios responde al dolor compadeciéndolo (*cum-passio*), dejándose afectar por él¹¹: es el modo de respuesta que nace de su misma esencia, que es amor (*mysterium amoris*). “En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos” (1 Jn 3,16). El dolor generado por el Covid-19 puede sacudir nuestra experiencia religiosa y purificarla, pero no debe apartarnos de Dios, sino todo lo contrario. El Dios revelado en Cristo está (es) sufriendo en el que sufre, en el enfermo, en el anciano, en el solo, en el desvalido, en el angustiado. El Dios revelado en Cristo está (es) en los médicos, en los enfermeros, en los religiosos, en los sacerdotes, en los profesionales, en todas las personas, benditas sean, que intentan aliviar el sufrimiento; en quienes, creyentes o no, se dan y se donan generosamente en el amor. ¿Soy yo, también, respuesta de Dios? ¿Qué he hecho para aliviar el dolor durante esta pandemia? “No amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras” (1 Jn 3, 18)”.

1.3. Una reflexión sobre el ser

1.3.1. Cuando se hundan las seguridades

La reflexión sobre el hacer nos lleva a una prioritaria que la fundamenta: la consideración sobre el ser, la verdad de lo que somos, una vez caídas las máscaras, los engaños y las falsedades con las que, en ocasiones, revestimos nuestra existencia.

Queda en nuestra memoria la impactante imagen del Papa Francisco rezando bajo la lluvia en una desierta plaza de San Pedro el 27 marzo de 2020. Y resuenan en nuestros oídos sus palabras: “La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y

⁸ Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, Roma 2018, n. 7.

⁹ *Id.*, n. 9.

¹⁰ “No basta ni aprovecha a nadie el conocimiento de Dios en su gloria y en su majestad, si no se le conoce también en la humildad y en la ignominia de la cruz”: Martín Lutero, *Disputa de Heilderberg*, 1518, n. 20.

¹¹ Cf. San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Salvifici doloris*, Roma 1994, especialmente los nn. 16-18.

superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos”¹².

1.3.2. *Metanoia*

El cambio se impone. Pero el cambio del que hablamos no es una transformación periférica, sino profunda. Es el tiempo del retorno a Dios, el momento de reorientar la vida. A este respecto, resultan muy interesantes las reflexiones del cardenal Michael Czerny: “En estas condiciones excepcionales, en este tiempo ‘en suspenso’, como una cámara lenta que se nos impone a todos, nos vemos obligados a reducir nuestros ritmos frenéticos, a cambiar nuestros hábitos, a inventar nuevas percepciones, criterios y respuestas. La cuarentena ha desgarrado la red habitual de relaciones de cada uno de nosotros. La soledad puede ser una sorpresa incómoda. El creciente número de muertes es profundamente perturbador para aquellos que nunca han enfrentado el misterio de su propia muerte. Al aceptarse a sí mismos y a la propia vida interior, o al buscar consuelo y tranquilidad, o al redescubrir las tradiciones en las que se criaron, muchos han sentido la necesidad de buscar a Dios. Este es un giro novedoso en una época en la que el progreso tecnocientífico puede alejar a la gente de la religión. Un paso importante para buscar a Dios es revisar seriamente la propia vida. Las certezas sobre las que hemos construido nuestra existencia parecen ahora tambalearse y esto permite que surjan preguntas sobre el sentido: ¿Para qué he vivido? ¿Para qué viviré? ¿Soy capaz de ir más allá de mí mismo?”¹³.

No habrá renovación sin *metanoia*; no habrá futuro sin transformación interior, sin una conversión profunda que nos permita vivir de forma radical la vocación, el carisma suscitado por el Espíritu para el bien de la Iglesia. “Quien cree, espera y ama algo distinto, necesariamente ha de vivir de forma distinta”¹⁴. Es el momento de las opciones de riesgo porque nos estamos jugando el futuro. Nos acechan tres tentaciones principales contra las que debemos luchar: la tentación de cerrar los ojos y no querer mirar; la tentación de intentar volver al modo de vida anterior, como si nada hubiera sucedido; la tentación de limitarnos a dejarnos llevar por los problemas diarios. Probablemente nos ayude el haber constatado la propia fragilidad, lo fugaz de nuestra existencia y la realidad de la muerte, que nos puede llegar en cualquier momento poniendo fin a tanta falsedad sobre la que edificamos la vida. Verdaderamente nos estamos jugando mucho.

El dilema es el planteado ya por San Agustín en la *Ciudad de Dios*. El deseo de felicidad implica optar y esto lo hacemos en nuestras decisiones cotidianas con las que orientamos nuestra vida. El amor es anhelo y deseo, deseo que anhela, afecto fundado en la elección (*dilectio*). El amor de lo caduco (*cupiditas*) configura la ciudad terrena; el amor de lo eterno (*caritas*) configura la

¹² *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia presidido por el Santo Padre Francisco, Atrio de la Basílica de San Pedro*, viernes, 27 de marzo de 2020.

¹³ M. Czerny, “La Iglesia frente a la emergencia del Covid-19”: *Religión Digital*, 22 de abril de 2020.

¹⁴ San Agustín, *Réplica a Fausto*, 20,23.

ciudad celestial. No es que lo caduco no deba ser amado, pero amarlo como fin en sí mismo es equivocarse y frustrar el incolmable deseo de felicidad (*beatitudo*). Por eso la ciudad terrena, en la que ya se muestra (*spes*) la ciudad celestial, se vive en tránsito (*peregrinatio*) hacia la meta (*patria*). El verdadero amor busca siempre la eternidad¹⁵. Es el momento de la decisión, del cambio: “Mientras yo decía esto, y alternaban estos vientos, y zarandeaban de aquí para allí mi corazón, se pasaba el tiempo, y tardaba en convertirme al Señor, y difería de día en día vivir en ti, aunque no difería morir todos los días en mí. Amando la vida feliz la temía donde se hallaba y la buscaba huyendo de ella”¹⁶.

1.3.3. Volver al amor primero

Ya el Concilio Vaticano II resaltaba el carácter “radical” de la vida consagrada, insistiendo en la entrega *total* al servicio de Dios y en la necesidad de amarle *por encima de todo*¹⁷. Es nuestra respuesta a la llamada a la santidad, propia de todos los cristianos, entendida como plenitud de la vida cristiana en la caridad perfecta. Las Constituciones de la Orden nos recuerdan que hemos sido llamados a seguir más de cerca a Cristo y mostrar más plenamente la consagración bautismal¹⁸.

Sin embargo ya desde hace tiempo se viene insistiendo en la necesidad de reestructuración, de revisión, de cambio. Basta leer las actas de los últimos Capítulos Generales y de los Capítulos de las circunscripciones. El Papa Francisco ha sido muy claro y se ha referido a algunos ámbitos de debilidad en la vida consagrada de hoy: “Por ejemplo, la resistencia de algunos sectores al cambio, la disminuida fuerza de atracción, el número no irrelevante de abandonos, la fragilidad de ciertos itinerarios formativos, el afán por las tareas institucionales y ministeriales en detrimento de la vida espiritual, la difícil integración de las diversidades culturales y generacionales, un problemático equilibrio en el ejercicio de la autoridad y en el uso de los bienes”¹⁹. Podemos añadir algunas otras: el llamado “pensamiento líquido”, los liderazgos débiles, la mundanidad, el materialismo, la búsqueda prioritaria del confort, las opciones por los mínimos, la pérdida del sentido del servicio, la profesionalización, el auge del individualismo, el localismo y el nacionalismo, el debilitamiento del sentido de Orden, la insuficiente presencia en los foros culturales. El Papa Francisco nos animaba a pensar en estas debilidades, a estar a la escucha de las señales del Espíritu, que abre nuevos horizontes e impulsa por nuevos senderos, y a trabajar con generosidad y audacia.

Sería ilusoria la pretensión de ofrecer un recetario de medidas y remedios que pudieran curar de golpe nuestros males. No hay atajos, no hay magia. El camino es arduo, difícil y probablemente lento. Al mismo tiempo, sin duda alguna, la renovación es posible; hay esperanza. Pero debemos ponernos a ello.

Una respuesta cristiana excluye una serie de actitudes que no son compatibles con la fe en Cristo ni en la bondad de Dios. Debemos prescindir de sentimientos negativos, como el miedo, la

¹⁵ Cf. J.D. Jiménez, “Opus imperfectum. Pensamiento agustiniano y mundo actual”: *San Agustín, un hombre para hoy. Congreso Agustiniiano de Teología, Buenos Aires 26-28 de agosto de 2004, II*, Buenos Aires 2006, 27.

¹⁶ San Agustín, *Confesiones* 6,11,20.

¹⁷ Cf. *Lumen Gentium* 44.

¹⁸ *Constituciones* 1.

¹⁹ *Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica*, Roma 27 de noviembre de 2014.

nostalgia, el abandonismo, el sometimiento, la incompatibilidad. Estas actitudes no son concordes con una postura de fe y fidelidad. Hemos de asumir las responsabilidades y las exigencias del carisma agustiniano, con dos exigencias básicas: la fidelidad y la evangelización. No hay que pretender cambios súbitos o novedades milagrosas, repentinas, gratificantes. Ni vale tampoco traspasar las responsabilidades a los demás. Así, de uno en uno, vamos eludiendo la responsabilidad, sin cambiar nunca nada. Debemos asumir nuestra propia responsabilidad: personal, comunitaria, institucional.

Tenemos un gran patrimonio espiritual. Sin hacer ruido, en nuestra Orden hay muchas personas que aman al Señor y están dispuestas a trabajar, contamos con una gran historia y una gran realidad actual que a veces no valoramos y, sobre todo, podemos y debemos contar con la ayuda del Señor, con la fuerza de su Espíritu y la bondad de las personas. Lo primero que se impone es contar con lo que tenemos, movilizar a los que somos, concienciarnos, animarnos, ser más coherentes, dar ejemplo de fidelidad, de satisfacción, de eficacia. Vivir con alegría y santidad, hasta que digan “Mirad cómo viven; queremos vivir como ellos y con ellos”.

1.4. Tus hijos e hijas profetizarán

1.4.1. Generar esperanza en un mundo agrietado

Todo esto nos lleva a reflexionar brevemente sobre una exigencia importante. “Como los profetas han surgido siempre en épocas de crisis para anunciar la voluntad de Dios al pueblo de Israel, así en la historia de la Iglesia las órdenes religiosas han tenido siempre una vocación profética. Y han ofrecido una respuesta, en la Iglesia y en la sociedad, a los anhelos de las personas”²⁰. Sí, el movimiento mendicante supo leer los signos de los tiempos en un determinado momento histórico y comprender que había llegado el momento de liberarse de ataduras sociales y económicas, de dar valor a la universalidad y a la pobreza del Evangelio y de encarnar la “vida apostólica”. Así pudieron mostrar el verdadero rostro de una Iglesia animada por el Espíritu Santo y guiada por Cristo²¹. Y se convirtieron en un alegre motor de renovación y reforma. Podemos preguntarnos: en este determinado momento histórico, ¿qué pide el Señor a nuestra Orden y a cada uno de nosotros? ¿A qué nos impulsa el Espíritu?

Las Constituciones nos dicen claramente que, “cuando respondemos fielmente a nuestra profesión, aparecemos como un signo profético para todo el Pueblo de Dios²². La nota que caracteriza a la vida consagrada es la profecía y un religioso nunca debe renunciar a ella²³. Se ha dicho que estamos en una época sin profetas y esto coincide con la crisis de la vida religiosa. Por eso el Papa insiste en que necesitamos profetas, es decir, “hombres de esperanza”, siempre “directos” y nunca “débiles”²⁴. En estos momentos la necesidad se convierte en urgencia.

²⁰ A. Rauti, “Prefazione”: *Vita Consacrata: Mistica e Profezia. Bollettino UISG* 141 (2009) 2.

²¹ Cf. *Entrevista de Niels Christian Hvidt al cardenal Joseph Ratzinger*: Sitio web de la Congregación para el Clero, 29 de septiembre de 2017

²² *Constituciones* 55. Cf. también 33.69.73.

²³ Cf. A. Spadaro, “¡Despierten al mundo! Diálogo del Papa Francisco sobre la vida religiosa”: *La Civiltà Cattolica* (2014-I) 3-17.

²⁴ Francisco, *Misa en la Domus Sanctae Marthae*, 17 de abril de 2018.

¿Qué es un profeta? ¿Cuáles son sus características?²⁵ Podemos resumirlas en tres: pasión por la verdad, unión íntima con Dios, disponibilidad para entregar la propia vida²⁶. El profeta dice la verdad porque está en contacto con Dios; por eso puede hacer presente la verdad divina en este momento histórico, iluminar el futuro e indicar el camino a emprender. Este conocimiento experiencial de Dios, el hablar con Dios cara a cara, como se habla con un amigo (cf. Ex 33,11), es imprescindible. Desde ahí puede anunciar y denunciar. Pero no lo hace “desde arriba”, sino “desde dentro”, podemos decir que “es con los otros y para los otros”. Tampoco es un “profeta de calamidades”, en la célebre expresión de San Juan XXIII, sino generador de esperanza. No es tibio ni ambiguo, es siempre directo, pero acompaña a sus hermanos, llora con ellos y por ellos y los ayuda a sanar. Dejándose guiar por el Espíritu Santo, anuncia esperanza y salvación a los pobres y excluidos y se dedica al servicio de todos, sin privilegios ni exclusiones. El profeta, en definitiva, acoge en sí mismo la voluntad del Padre y se compromete a testimoniarla fielmente a los demás²⁷.

El verdadero profeta, si hace bien su menester, se juega ciertamente la piel y no tiene una vida fácil. Es rechazado porque su palabra cuestiona la calma del *status quo*, el inmovilismo, la rutina, la mundanalidad, la vanidad y la arrogancia. Los profetas son perseguidos y se procura silenciarlos porque molestan. Para estar dispuesto a dar la vida, para compartir la cruz de Cristo, se necesita mucho amor (“nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”: Jn 15,13), por eso resulta imprescindible la unión con el Señor, el conocimiento experiencial de Cristo, Amor encarnado. Y podemos entender entonces las rotundas palabras de San Agustín: “Así, pues, de una vez se te da este breve precepto: Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien”²⁸. El amor es, pues, garantía y fortaleza.

1.4.2. Caminos de juventud

En su mensaje a los agustinos y agustinas jóvenes²⁹, el Prior General, P. Alejandro Moral, expresaba su convicción de que “si nuestros ancianos se animan a soñar y nuestros jóvenes a profetizar, (cf. Joel 3,1), estaremos cultivando una semilla de esperanza que sin duda alguna florecerá y dará fruto. En un mundo en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de los consagrados”. En esta carta, tal vez uno de los documentos de mayor impulso renovador en la Orden en los últimos años, se constataba la necesidad de “preparar la Orden de San Agustín para un tiempo nuevo, redescubriendo la esencialidad, la belleza y la alegría de ser agustinos”. Y proseguía: “Necesitamos una profunda renovación para vivir con radicalidad, en esta época, el carisma suscitado por el Espíritu. Debemos sacudirnos la rutina y la resignación, ser creativos, implicarnos, asumir riesgos. Siempre desde la verdad, a la que se llega por la conversión del corazón”. Y pedía a los jóvenes: “sed protagonistas de este imprescindible proceso renovador. La Orden tiene necesidad de vosotros. La renovación solo será posible desde las opciones personales y la vitalidad de los

²⁵ Cf. El prefacio escrito por Joseph Ratzinger al libro de Niels Christian Hvidt, *Christian Prophecy. The Post-Biblical Tradition*, Oxford 1998. También *Entrevista de Niels Christian Hvidt al cardenal Joseph Ratzinger*: Sitio web de la Congregación para el Clero, 29 de septiembre de 2017.

²⁶ Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, Roma 1996, 84-85.

²⁷ Francisco, *Misa en la Domus Sanctae Marthae*, 17 de abril de 2018; *Angelus*, 3 de febrero de 2019.

²⁸ San Agustín, *Tratados sobre la Primera Carta de San Juan* 7,8.

²⁹ *Mensaje del Prior General a los agustinos y agustinas jóvenes*, Roma, 24 de abril de 2018.

pequeños grupos, como fermento y levadura. Ojalá en los Capítulos, en los encuentros, en las reuniones, la voz de los jóvenes irrumpa como un torrente de vida y novedad, ojalá vuestro testimonio nos sacuda y nos provoque, ojalá seáis comunicadores de verdadero entusiasmo”.

Parfraseando al Papa Francisco, no podemos decir sólo que los jóvenes son el futuro de la Orden. Son el presente, lo están enriqueciendo con su aporte³⁰. En este momento de la Historia, en este mundo convulso resultante de la pandemia Covid-19, en esta encrucijada, la Orden necesita más que nunca la voz profética de los jóvenes.

2. RETOS PARA UN TIEMPO DE TORMENTA

Presentamos ahora algunos temas para la profundización, que brotan de las consideraciones anteriores y de la atenta reflexión sobre el momento presente. El deseo es ayudar a situarnos, como agustinos, en un mundo que ha cambiado como resultado de la pandemia Covid-19 y en el que se nos presentan varias urgencias muy concretas, muy prácticas. Y que, por eso, nos exigen opciones claras y valientes.

2.1. Renovar la vida espiritual

2.1.1. El centro de nuestra vida es solo uno y es Cristo

Es preciso recordar que toda renovación exterior viene de la conversión interior y no al revés. Todo cambio de estructuras resultará vano si no va acompañado de una renovación interior. Más aún, lo hará imposible. Por tanto nos encontramos con un aparente problema que surge en algunas conversaciones y que se esgrime como argumento inmovilista: de nada nos sirve iniciar caminos nuevos si no cambiamos nosotros, así que, esperemos a la conversión de todos si queremos abrirnos a la novedad. El resultado de la aplicación de este postulado es, ni más ni menos, el estancamiento. Pasa el tiempo y las reformas, si es que llegan, lo hacen a un ritmo insuficiente no sólo para dinamizar nuestra vida religiosa sino ni siquiera para frenar su decadencia.

“Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”³¹. La renovación de la vida espiritual presupone una actitud básica: la conciencia clara de ser religiosos, de ser consagrados. Porque lo que nos define básicamente es la relación con Cristo y el encuentro personal con él, que nos llama a seguirle a través de un carisma determinado (agustiniano en este caso). ¿Cómo podemos hablar de renovación si, en ocasiones, parece que se ha oscurecido la dimensión religiosa de nuestra vida? San Agustín, siguiendo a San Pablo (cf. Gal 2,20), recuerda que el cristiano es Cristo, por lo que debe seguir su mismo camino y vivir dignamente conforme al bautismo que ha recibido. Con más razón el religioso debe llevar lo que San Juan Pablo II ha denominado “existencia cristiforme”³², ya que el fundamento de la vida consagrada está en la especial relación de Jesús con algunos de sus

³⁰ Cf. Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, Loreto 2019, 64.

³¹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, Roma 2005, 1.

³² San Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*, Roma 1996, 14.

discípulos, a los que invita no sólo a que acojan el Reino de Dios, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su forma de vida.

Cuando esto no se da, cuando perdemos la dimensión cristocéntrica de nuestra consagración, cuando este mismo lenguaje nos resulta extraño, cuando la sal se vuelve sosa y la luz deja de alumbrar, nos sentimos extraviados y sin saber qué hacer o qué decisiones tomar. Entonces, instalados en nuestras seguridades, correremos el peligro de vivir en la mentira de quienes se dejan seducir por los criterios del mundo y estaremos, por tanto, abocados a la muerte. Sólo Cristo es Camino, Verdad y Vida (cf. Jn 14,6). Evidentemente todos, en teoría, tenemos claro que Cristo es el centro de nuestra vida: lo pensamos, lo decimos, lo enseñamos. ¿Lo vivimos en la realidad cotidiana? Las palabras de San Agustín son enormemente claras al respecto: “Si halláramos que la misma Escritura nos dice que no sólo se niega con la lengua, sino también con los hechos, con toda certeza topamos con muchos anticristos: los que de boca confiesan a Cristo, pero con sus costumbres disienten de él [...]. A cada árbol se le conoce por su fruto. Mentiroso consumado es el anticristo que confiesa con la boca que Jesús es el Cristo y le niega con las obras. Por eso es mentiroso, porque dice una cosa y hace otra”³³.

2.1.2. Interioridad y Verdad, ¿solo conceptos?

Por eso la primera urgencia es la de recuperar el cultivo de la vida interior y de una sana vivencia espiritual. “La conversión supone que se coloque nuevamente a Dios en primer término. Entonces todo cambia. Y que se pregunte por las palabras de Dios para dejar que ellas iluminen, como realidades, el interior de la propia vida. Por así decirlo, debemos arriesgarnos nuevamente a hacer el experimento con Dios a fin de dejarlo actuar en nuestra sociedad”³⁴. Desde hace tiempo encontramos una particular insistencia en los documentos de la Orden sobre este tema, ya que “la interioridad es el centro de la vida, el núcleo fértil del ser humano donde habita el misterio. Vivir fuera es vivir en el exilio y el vacío”³⁵. Es una llamada a no dejarnos envolver por el laicismo y el secularismo que crecen y que nos afectan de lleno, una llamada a reavivar el sentido cristiano de la vida, a cuidar los tiempos y formas de oración, a huir de la rutina y el formalismo, a priorizar el silencio. Ni la vida comunitaria ni el apostolado resultan posibles si no es desde el encuentro con Dios. De lo contrario se resuelven el egoísmo, en activismo o en sociologismo³⁶. Y es que “la finalidad de todo volver al corazón es justamente poder salir afuera, trascenderse sobre el propio yo, abandonar el propio yo, para abrirse a Dios y a la gente que está a nuestro lado”³⁷.

La respuesta a este llamamiento debe darse tanto de forma individual, con una firme decisión de la persona por el cuidado prioritario de la vida interior, como también comunitaria, no sólo en las programaciones, sino sobre todo en las opciones, en la escala de valores que fundamenta y mueve nuestras decisiones. El Papa San Juan Pablo II dirigió una petición muy clara a los agustinos: “Sed los *pedagogos de la interioridad* al servicio de los hombres del tercer milenio

³³ San Agustín, *Tratados sobre la Primera Carta de San Juan* 3,8.

³⁴ Benedicto XVI, *Luz en el mundo*, Barcelona 2010, 76.

³⁵ “Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy”. Documento del Capítulo General Intermedio, Villanova 1998: *Libres bajo la gracia III*, Roma 2001, 80.

³⁶ Cf. M. Nolan, “El grito del corazón. Carta del prior general con ocasión de la clausura del XVI centenario de la conversión de San Agustín y de la muerte de Santa Mónica, Roma 13 de noviembre de 1987”: *Libres bajo la gracia II*, Roma 1999, 253-254.

³⁷ T. van Bavel, *Cuando tu corazón ora...*, México 2001, 56.

a la búsqueda de Cristo"³⁸. De ahí la especial atención con la que debe cuidarse este aspecto en la etapa formativa, la particular presencia del mismo en los diferentes grupos y fraternidades y la creciente sensibilización en los religiosos y religiosas volcados en la actividad apostólica. A este respecto hay que destacar el pulmón espiritual que suponen para la familia agustiniana las monjas de vida contemplativa. Debemos seguir avanzando en el camino emprendido con renovado vigor, creciente dinamismo y gozosa creatividad.

2.1.3. El tiempo de las iglesias vacías

La Eucaristía, sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad³⁹ es fuente y culmen de toda la vida cristiana⁴⁰. Ocupa un lugar central en la vida de la Iglesia⁴¹ y, por tanto, en la de nuestras comunidades y en la propia realidad como cristianos y consagrados. El confinamiento como prevención contra la pandemia ha ocasionado que, en muchos lugares y durante un prolongado período de tiempo, los fieles (y las monjas, en gran medida) no hayan podido recibir los Sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación. Tampoco se ha podido participar en reuniones eclesiales, siendo lo comunitario un elemento esencial de la fe y de la celebración cristianas. En las comunidades de religiosos, aun con medidas preventivas, sin embargo sí se ha podido seguir celebrando la Eucaristía. Esto debe hacernos reflexionar. ¿Somos conscientes del gran don que supone? ¿Cómo lo hemos vivido? No se trata de un “lujo espiritual”, sino de la fuente de gracia de la que vive la Iglesia, que nos une a Cristo (que nos transforma en él, dirá San Agustín⁴²). ¿De qué forma hemos concretado la solidaridad y la cercanía orante con todos los fieles que no han podido recibir la Eucaristía en este período? El propio Papa Francisco invitó a los sacerdotes a estar cerca de los fieles, a llevar la Palabra de Dios y la Eucaristía a los enfermos y a acompañar a los agentes sanitarios y a los voluntarios. Ciertamente se impone una reflexión serena y profunda.

El tiempo de confinamiento y las dificultades vividas han producido un evidente impulso hacia la oración. Cuando las seguridades se tambalean, surgen preguntas sobre el sentido. La fragilidad nos lleva a la búsqueda de confianza y a volver el corazón a Dios: “Reza el que espera, el que se sabe necesitado. Y tiene esperanza el que reza. La oración es intérprete de la esperanza”⁴³. Es preciso, sí, purificar el deseo, robustecer la llama vacilante. Pero es una excelente posibilidad y un reto: facilitar y acompañar la oración de los que buscan y ser instrumento para el encuentro con Cristo. Pero nadie da lo que no tiene. Esto nos lleva a preguntarnos también por nuestra oración personal y comunitaria: calidad, tiempos, modos. ¿Cómo cultivamos nuestra relación vital con Cristo? Las Constituciones dedican 8 números a hablar de la oración⁴⁴. Solo en la oración podemos discernir, podemos ver, y podemos encontrar la fuerza necesaria para recorrer el camino que nos pide el Señor.

³⁸ San Juan Pablo II, "Discurso a los participantes en el Capítulo General Ordinario, Castelgandolfo 7 de septiembre de 2001": *Capítulo General Ordinario 2001. Documentos y determinaciones*, Roma 2001, 36.

³⁹ Cf. San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan* 26,13.

⁴⁰ *Lumen gentium* 11.

⁴¹ Cf. San Juan Pablo II, Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, Roma 2003; Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, Roma 2007.

⁴² Cf. San Agustín, *Sermón* 227,1.

⁴³ Cf. Conferencia Episcopal de Uruguay, *Caridad y oración frente a la pandemia*, Montevideo 18 de marzo de 2020.

⁴⁴ Cf. *Constituciones* 84-91.

Pero, ¿qué es la oración? San Agustín a esta pregunta responde diciendo que es una conversación con Dios, un diálogo con él⁴⁵. Un diálogo de amor que brota del corazón, de lo profundo de nuestro ser: “Así como es propio de los hipócritas hacerse ver en la oración, y no tienen otro fruto que la aprobación de los hombres, así también es propio de los paganos, esto es, de los gentiles, imaginar que a fuerza de palabras serán oídos. No nos debemos dirigir a Dios con palabras, sino con los sentimientos que tenemos en el ánimo y con la dirección de nuestro pensamiento, junto con un amor puro y afecto sencillo”⁴⁶. Esta es la oración que Agustín define como “clamor del corazón”⁴⁷ y que constituye un elemento esencial para nuestra vida y misión. Si las comunidades religiosas, nuestras comunidades, deben presentarse en la Iglesia y ser percibidas como comunidades orantes⁴⁸, la oración no debe ocupar un lugar marginal, ni verse envuelta en el descuido o la rutina; ni confundirse con el devocionismo o con el activismo; ni puede remitirse solo a lo individual. Aquí tenemos un amplio espacio para la reflexión y aquí encontramos también una de las claves de nuestro futuro. La vida consagrada en los tiempos posteriores al coronavirus deberá ser testimonio de lo esencial, de lo verdadero.

2.2. Regenerar la vida comunitaria

2.2.1. Espacios de encuentro

El obispo maltés Mario Grech, pro-secretario general del Sínodo de los Obispos, hombre muy cercano a los agustinos, decía recientemente que “un aspecto positivo del actual distanciamiento social obligatorio es que gradualmente estamos llegando a apreciar más la "cultura del encuentro". El encuentro evoca diálogo, puentes, solidaridad, fraternidad, caridad y misericordia. ¡Jesús es una figura inspiradora y líder en todo esto!”⁴⁹. Tal vez hayamos redescubierto la belleza de estar juntos, la necesidad que tenemos de los otros, el valor del refugio en el grupo cuando llega la crisis, cuando soplan vientos de desolación y muerte. La Iglesia (comunidad) es siempre testimonio y presencia de amor y vida. En este tiempo de la pandemia Covid-19 probablemente se haya robustecido nuestra vida comunitaria, aunque haya sido de forma obligada al no poder salir. Debemos reflexionar. ¿Se trata de un espejismo, de una ilusión? ¿Continúan vivas en nosotros las venenosas raíces del individualismo? ¿Hemos descubierto, de verdad, lo que supone la comunidad en la vida religiosa agustiniana? ¿Por dónde debemos avanzar?

Tal vez debamos retomar la reflexión sobre lo agustiniano. Seguramente admiramos a San Agustín, probablemente lo amamos. Pero también debemos identificarnos con su propuesta espiritual. Corremos el peligro de limitarnos a hacer de él una cantera de citas o un nombre constantemente repetido, pero con escasa influencia real en nuestras decisiones y opciones. O de resignarnos cómodamente a que San Agustín sea coto privado de unos cuantos esforzados y beneméritos especialistas, sin darnos cuenta de que el ejemplo y la enseñanza del Obispo de Hipona deben empapar lo que somos y lo que hacemos, no sólo en una dimensión teórica, sino eminentemente existencial, vital. Otro peligro es el de centrarnos de forma exclusiva en San Agustín, olvidando la tradición de la Orden, su historia, sus figuras espirituales. En el caso que nos ocupa, la reflexión sobre la comunidad agustiniana tiene un alcance mucho mayor que la

⁴⁵ Cf. San Agustín, *Comentario a los Salmos* 85,1.7.

⁴⁶ San Agustín, *El Sermón de la montaña* 2,3,12-13.

⁴⁷ Cf. San Agustín, *Comentario a los Salmos* 118,29,1.

⁴⁸ Cf. *La dimensión contemplativa de la vida religiosa. Plenaria SCRIS*, Vaticano marzo de 1980.

⁴⁹ Pensamiento escrito en su cuenta de facebook, 20 de marzo de 2020.

socorrida referencia a una serie de citas de San Agustín. Es preciso mucho más: la consideración de este tema en el arco de toda la tradición de la Orden, la necesaria verificación con la realidad del mundo de hoy, el enriquecimiento con los matices procedentes de las realidades culturales, junto al fortalecimiento de la unidad en la que las diferencias encuentran sentido. Entender mejor qué es lo esencial y qué lo accesorio. Y todo ello no para diluir, sino para robustecer, para vivir el carisma, lo que nos identifica como agustinos. Es una tarea necesaria.

2.2.2. Un concepto fuerte

La vida comunitaria es el santo y seña de la identidad agustiniana. Y la razón de ser de la comunidad no es otra sino la de buscar, encontrar y poseer a Dios. Así pues, no olvidemos que se trata de un concepto muy fuerte de comunidad: "*anima una et cor unum in Deum*"⁵⁰, práctica acabada del precepto del amor: "¿Qué busca el amor, sino adherirse al que ama y, si es posible, fundirse con él?"⁵¹. Efectivamente, "la comunión como valor y la comunidad como estructura constituyen contemporáneamente nuestro ideal de vida y el punto de partida de nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Para nosotros, como agustinos, son puntos de referencia obligados a la hora de examinar la situación actual y el camino futuro de la Orden. La Iglesia es comunión en Cristo. La Orden es la comunión de hermanos en un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios. La sociedad anhela la solidaridad de la comunión humana. El recorrido de la Orden en los últimos veinte años y todos los documentos emanados en este tiempo señalan claramente la comunión y la comunidad como el núcleo de identidad y el camino del porvenir que la Orden se ha marcado a sí misma"⁵².

Por eso, en este tiempo en el que encontramos tanto dolor causado por el coronavirus, en este momento también de profunda transformación, en el que surge un mundo diferente, reivindicamos la dimensión profética de la comunidad agustiniana: "Profetismo hacia dentro – para mantener vivas la fidelidad y la conversión– y profetismo hacia fuera, que significa creer de verdad en el carácter simbólico de nuestra vida"⁵³. Nuestra apuesta no es de mínimos, sino de máximos; no se limita a mantener y en ocasiones recobrar unos signos externos como pueden ser, en el caso de los religiosos, el habitar en una misma casa, el rezar juntos, el compartir los bienes (si acaso) y, en ocasiones, el trabajar en actividades comunes. Tampoco se limita a la posibilidad de participación y a los criterios democráticos en las estructuras de gobierno. La vida fraterna agustiniana va mucho más allá: no es mera coexistencia, sino comunión; es el empeño para que las almas y los corazones de quienes viven juntos se fundan en uno por la caridad y se centren hacia Dios⁵⁴. Todo lo demás será medio para lograrlo o consecuencia que emana de su realización.

Cuidemos, pues, los aspectos estructurales, como puede ser el adecuado número de miembros en nuestras comunidades (la proliferación de comunidades excesivamente pequeñas es un error y sobre ello se ha dialogado ampliamente durante el Capítulo General de septiembre de 2019);

⁵⁰ San Agustín, *Regla* 1, 3.

⁵¹ San Agustín, *El Orden* 2, 18, 48.

⁵² M.A. Orcasitas, "La comunidad agustiniana entre el ideal y realidad. Carta a la Orden en preparación del Capítulo General Intermedio de 1992, Roma, 28 de agosto de 1991": *Libres bajo la gracia III*, Roma 2001, 29.

⁵³ "Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy. Documento del Capítulo General Intermedio, Villanova 1998": *Libres bajo la gracia III*, Roma 2001, 83.

⁵⁴ Cf. T. Tack., "La comunidad agustiniana y el apostolado. Mensaje del prior general a toda la Orden, 26 de noviembre de 1974": *Libres bajo la gracia I*, Roma 1979, 149; cf. "Capítulo General Intermedio 1974, Dublín. Documento de Dublín": *Libres bajo la gracia II*, Roma 1999, 81.87-89.

es evidente que debemos tomar decisiones valientes al respecto. Cuidemos también los medios para fomentar el diálogo y la comunicación humana y espiritual, pero cuidemos sobre todo y ante todo las opciones personales y comunitarias en una actitud de continua revisión y actualización. Asimismo necesitamos desarrollar mucho más el sentido de Orden: una gran familia, en unidad desde la pluralidad. Hemos puesto el acento en las diferencias (culturales, nacionales...). Sin mucho menos negarlas, este tiempo vinculado a la pandemia Covid-19 nos exige poner el acento en la unidad, único modo para que las diferencias sean motivo de enriquecimiento, en cuanto compartidas y participadas, y no de empobrecimiento, separación o confrontación. Una Orden, una familia, no una multiplicidad de “pequeñas órdenes”, pequeños “reinos” insostenibles que derivan al localismo y al individualismo, negando así la esencia del carisma agustiniano.

La comunidad agustiniana no es egoísta ni ensimismada, no se aísla ni se atrinchera, sino que se abre al mundo, “es” en el mundo. A este respecto recordamos las indicaciones del Papa Francisco, que nos invita a dejarnos guiar “por el soplo del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir *presente* (o bien, *aquí estoy*) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar junto a otros las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia. [...] Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de ‘hacer nuevas todas las cosas’ (Ap 21, 5)”⁵⁵.

2.3. Repensar la solidaridad

2.3.1. Opción por los pobres

Si para San Agustín el ideal de la vida religiosa es el "*cor unum et anima una in Deum*", podemos entender que la pobreza sea para él una consecuencia lógica de la "profesión de santidad" de aquellos que, vacíos de sí y desde la pobreza de espíritu reflejada en la humildad, tienen en Dios la única riqueza⁵⁶. Del mismo modo el movimiento mendicante, al que pertenece nuestra Orden desde sus orígenes, procuró volver a la radicalidad evangélica en la imitación de Cristo pobre, es decir, a la *Ecclesiae primitivae forma*, no solo en el aspecto personal, sino también comunitario. En este contexto, la opción por los pobres es el rostro del amor: de ojos abiertos y manos activas, fermento en la historia y semilla de una civilización alternativa: la civilización del amor⁵⁷. Estamos al servicio de la persona humana, de su dignidad.

La lucha contra la pobreza se extiende a la construcción de una sociedad mejor y más justa. El ejemplo de San Agustín resulta esclarecedor. "No es propio del obispo –señala– guardar el oro

⁵⁵ Francisco, “Un plan para resucitar”: *Vida Nueva*, 17 de abril de 2020. Papa Francisco, *La vida después de la pandemia*, Vaticano 2020, 48-49.

⁵⁶ El pensamiento agustiniano sobre la pobreza puede resumirse así: "No tener nada en esta tierra en lo que poner la esperanza, vivir del propio trabajo, contentarse con poco, estar alegres de la posesión de Dios y dependencia total de él a través de la Iglesia": A. Trapé, *La Regla de San Agustín*, Madrid 1978, 190.

⁵⁷ Cf. San Pablo VI, *Homilía de Navidad*, 25 de diciembre de 1975; *Audiencia general*, 31 de diciembre de 1975; *Audiencia general*, 25 de febrero de 1976.

y alejar de sí la mano del mendigo"⁵⁸. Así pues, la pobreza en el pensamiento agustiniano es también apertura de amor a los necesitados, especialmente a los más pobres, ejercicio de solidaridad con ellos, hacer propio el dolor ajeno, porque "Cristo está necesitado cuando lo está un pobre"⁵⁹. La Orden de San Agustín ha intentado ser coherente con esta opción por los más necesitados. El luminoso ejemplo de San Nicolás de Tolentino, Santa Clara da Montefalco, Santa Rita de Casia, Santo Tomás de Villanueva o San Alonso de Orozco marcan una constante, que, en nuestra época, se desarrolla en la reflexión iniciada en la Orden tras el Concilio Vaticano II. En el llamado *Documento de Dublín*, fruto del Capítulo General Intermedio de 1974 se pide ir más allá de la mera pobreza jurídica y asumir la causa del necesitado, defendiendo sus derechos sociales y, en ocasiones, compartiendo la pobreza con el pobre⁶⁰. Unos años después, en otro Capítulo General Intermedio, en este caso reunido en México en 1980, se precisa que la tarea evangelizadora de los agustinos "debe partir y desarrollarse desde la perspectiva de los pobres". Y prosigue: "Sólo así la vida y la labor apostólica de nuestra Orden podrá constituirse en signo y testimonio auténticos de solidaridad con los pobres en este mundo, y contribuir a la construcción de un mundo más justo, participativo y fraterno"⁶¹. Hoy, en la crisis que estamos viviendo, necesitamos avanzar todavía mucho más, no sólo en la imprescindible tarea de concienciación, sino el difícil campo de las acciones por parte de todos. La realidad del mundo resultante de la pandemia exige de nosotros respuestas concretas que no deben dilatarse en el tiempo y menos aún diluirse en un espiritualismo etéreo o en la más triste demagogia.

2.3.2. Cuando se paran el motor económico y la actividad mercantil

Es seguro que la pandemia Covid-19 tendrá un efecto devastador sobre la economía mundial y puede provocar también una crisis social. Ante estas previsiones la Iglesia se ha movilizado de forma concreta y efectiva. Con fecha 20 de marzo de 2020 la Santa Sede ha creado, dentro del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, una comisión (*task-force*) para el análisis y la reflexión sobre los desafíos socioeconómicos y culturales del futuro y la propuesta de pautas para enfrentarlos⁶². El Papa ha multiplicado las ayudas y las donaciones de material sanitario; muchas diócesis y Conferencias Episcopales han creado fondos solidarios; se organiza y crece de forma muy notable la tarea asistencial de Cáritas y otras instituciones de la Iglesia; sacerdotes y obispos donan mensualidades y bienes; se ofrecen locales y edificios para fines sociales; se promueven iniciativas de coordinación.

La pobreza está ahí, pero a veces no la vemos o no queremos verla. O, mejor, no queremos ser interpelados por ella. El Papa ha sido muy claro: "Ver a los pobres significa devolverles la

⁵⁸ San Agustín, *Sermón* 355. Para San Agustín, poseer lo que es superfluo es una forma de robar. Cf. *Comentarios a los Salmos*. 147, 12; *Sermón* 206, 2.

⁵⁹ San Agustín, *Sermón* 38, 8; cf. B. Kloppenburg, "Opción preferencial por los pobres": *Medellín* 5 (1979) 323-356.

⁶⁰ Cf. "Capítulo General Intermedio 1974, Dublín. Documento de Dublín": *Libres bajo la gracia II*, Roma 1999, 91.

⁶¹ "Capítulo General Intermedio 1980, México": *Libres bajo la gracia II*, Roma 1999, 110.

⁶² Se estructura en cinco grupos de trabajo: 1. Para escuchar y apoyar a las Iglesias locales y colaborar con iniciativas de caridad promovidas por otras realidades de la Santa Sede; 2. Para reflexionar sobre la sociedad y el mundo posterior a Covid-19, particularmente en los sectores del medio ambiente, la economía, el trabajo, la salud, la política, la comunicación y la seguridad; 3. Para informar sobre el trabajo llevado a cabo por los grupos y promover la comunicación con las Iglesias locales; 4. Para apoyar a la Santa Sede en sus actividades y relaciones con los países y organismos internacionales; 5. Responsable de la financiación para apoyar la asistencia de la Comisión Covid-19 a las Iglesias locales y las organizaciones católicas.

humanidad. No son cosas, no son descarte, son personas. No podemos hacer una política asistencialista como hacemos con los animales abandonados. Me atrevo a dar un consejo. Es la hora de descender al subsuelo y pasar de la sociedad hipervirtualizada, sin carne, a la carne sufriente del pobre. Es una conversión que tenemos que hacer. Y si no empezamos por ahí, la conversión no va a andar”⁶³.

¿Cuál es o cuál va a ser nuestra respuesta ante la crisis? No se trata solo de “mantenemos a flote”, intentando subsistir con el mínimo de daños, o de “adaptarnos” a las inclemencias actuales o por venir, sin cuestionarnos nada, sin cambiar nada, con la misma vida de siempre, como si nada hubiera sucedido y fuera posible retornar al estado anterior. Ciertamente no podemos permitirnos quedar de espaldas al sufrimiento de tanta gente. Sería no solo un escándalo, sino también un pecado. “Hay hombres tan necios, que huyen de la misericordia como de un vicio, porque dicen que si al alma no le afectan las miserias del prójimo, por sólo el deber no se puede mover a socorrerlas; a estos hay que decirles que más bien que serenos con la serenidad de la razón, están congelados del frío de inhumanidad”⁶⁴.

Lo primero es hacer, desde la humildad, un serio examen de conciencia personal e institucional. Puede ser doloroso, pero es necesario. Aún resuenan en nuestros oídos las palabras del Papa: “Nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás”⁶⁵.

Después podemos avanzar en varias direcciones. Tomando medidas concretas y presentando acciones de asistencia social y económica a los desfavorecidos y a los golpeados por la crisis (en nuestros colegios, parroquias, santuarios, centros, etc.). No podemos olvidar la frase lapidaria de San Agustín: “Hay dos modos de delinquir contra el prójimo: uno causándole daños y otro negándole nuestra ayuda cuando se le puede prestar”⁶⁶. También luchando por la justicia, lo que implica la defensa activa de los derechos de los pobres y el compromiso real contra la pobreza injusta: “Cuando el hombre intenta dominar a los que son por naturaleza iguales a él, es decir, a los hombres, esto constituye una soberbia absolutamente intolerable”⁶⁷. Y, no menos importante, reflexionando sobre nuestro estilo de vida y tomando decisiones en consecuencia: aprovechamiento de recursos, obras e inversiones, centralización económica (economía compartida), mecanismos de participación y verificación, cuidado de la Creación, austeridad de vida (modo de vida, ritmo de consumo), estructura económica, etc. “Tenemos muchas cosas superfluas si las tenemos como innecesarias, puesto que, si buscamos las frívolas, nada nos basta. Hermanos, reclamad, pedid lo suficiente para la obra de Dios, no lo que llene vuestra

⁶³ Entrevista realizada por Austen Ivereigh y publicada el 8 de abril de 2020 en diversos medios.

⁶⁴ San Agustín, *De las costumbres de la Iglesia católica* 1,27,54.

⁶⁵ *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia presidido por el Santo Padre Francisco, Atrio de la Basílica de San Pedro*, viernes, 27 de marzo de 2020.

⁶⁶ San Agustín, *Las costumbres de la Iglesia católica* 1,26,50.

⁶⁷ San Agustín, *La doctrina cristiana* 1,23,23.

codicia. Vuestra codicia no es obra de Dios. Pedid las cosas que bastan, y veréis qué pocas son. Las cosas superfluas de los ricos son las necesarias de los pobres. Se poseen bienes ajenos cuando se poseen bienes superfluos"⁶⁸. Este discernimiento debe hacerse a todos los niveles. No es fácil pero resulta imprescindible si deseamos ser coherentes y, por tanto, creíbles.

El obispo Mario Grech lo ha expresado con claridad y fuerza: “Siento la necesidad de compartir esta reflexión con ustedes ya que, debido a la actual pandemia, estamos seguros de que nos enfrentaremos a una crisis económica y, muy probablemente, habrá muchas más personas en la pobreza. Apelo al Pueblo de Dios para que ‘comparta el pan’ con los pobres. Hago un llamamiento especial a quienes disfrutan de cierto nivel de seguridad económica. Permítanme sugerir que, por el momento, no se nos ocurran nuevas iniciativas para decorar nuestras iglesias y seamos frugales en nuestras celebraciones festivas para que, en cambio, podamos apoyar económicamente a los necesitados. Para quienes celebramos la Eucaristía, compartir nuestra riqueza con los necesitados no solo tiene un aspecto de justicia social, sino también un aspecto cristológico y, por lo tanto, sacramental. Muchos han protestado porque no se nos permite celebrar misas en nuestras iglesias; ruego al Espíritu Santo que nos ilumine para que este entusiasmo por participar en la celebración de la Misa nos lleve a hacer de nuestras celebraciones eucarísticas una acción profética que impulse a otros a no ‘humillar a los que no tienen nada’ (1 Cor 11,22)”⁶⁹.

2.3.3. Ecología integral

Otro aspecto importantísimo que nos cuestiona es el que se refiere al cuidado de la Creación. La pandemia Covid-19 nos urge a una reflexión sobre aquellos aspectos, incluyendo las causas remotas, que han hecho posible que este virus se difunda y dañe de un modo tan devastador. ¿Es, en cierto modo, una venganza de la naturaleza? El Papa respondía de forma clara a esta pregunta: “Las catástrofes parciales no fueron atendidas. Hoy día, ¿quién habla de los incendios de Australia? ¿De que hace un año y medio un barco cruzó el Polo Norte porque se podía navegar porque se habían disuelto los glaciares? ¿Quién habla de inundaciones? No sé si es la venganza, pero es la respuesta de la naturaleza”⁷⁰

El interés y la preocupación por los temas ecológicos han estado siempre presentes en la reflexión cristiana, pero hoy resultan imprescindibles. Uno de los “signos de los tiempos” que San Juan XXIII invitaba a leer y considerar es sin duda la relación del ser humano con el ambiente y el Concilio Vaticano II se refería a la pregunta sobre el lugar y la función del ser humano en el universo⁷¹. No es una moda, sino una necesidad, una urgencia de la que progresivamente nos vamos dando cuenta y que está dentro de la propia fe cristiana. No se trata solo del cambio climático, la capa de ozono, la protección de espacios naturales o el aprovechamiento de los recursos. San Pablo VI advertía ya que, el ser humano, “debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación. No sólo el ambiente físico constituye una amenaza permanente: contaminaciones y desechos, nuevas enfermedades, poder destructor absoluto; es el propio consorcio humano el que la persona no domina ya, creando de esta manera para el mañana un

⁶⁸ San Agustín, *Comentario al salmo 147*,12.

⁶⁹ M. Grech, *Let us not humiliate those who have nothing, Homily during the Mass 'In Coena Domini'*, Cathedral of the Assumption of Mary, Victoria, 9th April 2020.

⁷⁰ Entrevista realizada por Austen Ivereigh y publicada el 8 de abril de 2020 en diversos medios.

⁷¹ Cf. *Gaudium et spes* 3.

ambiente que podría resultarle intolerable”⁷². Se trata del lugar del ser humano en la Creación y de su relación con ella, tema que debe considerarse también desde una perspectiva soteriológica y escatológica⁷³.

La naturaleza se integra en un proyecto de amor y de verdad; “reducir completamente la naturaleza a un conjunto de simples datos fácticos acaba siendo fuente de violencia para con el ambiente, provocando además conductas que no respetan la naturaleza del hombre mismo”⁷⁴. Y esto es lo que, lamentablemente, viene ocurriendo y ante lo que debemos reaccionar. El Papa Francisco ha hecho de esta cuestión uno de los puntos fuertes de su Pontificado, a la que ha dedicado una encíclica⁷⁵ y a la que se refiere con mucha frecuencia. Uno de los aspectos fundamentales es la invitación a incorporar y leer el concepto de “ecología integral” dentro del amplio “magisterio social” de la Iglesia. Efectivamente, el tiempo que vivimos se nos presenta como una oportunidad para abordar de manera relacionada los temas sociales y ambientales. La actual no es solamente una crisis de salud, sino también una crisis económica, ecológica, de seguridad (alimentaria, ciberseguridad), social y política. Las soluciones no son simples. Por eso el único modo de abordarla es reconociendo su complejidad y procurar hacerlo de manera integral⁷⁶. Es decir, abrimos a una ecología íntegra y completa en la que el bien del ser humano sea el más importante de los objetivos.

La crisis resultante de la pandemia Covid-19 nos exige una verdadera reflexión que supere lo intelectual para abrirse a lo moral. Se trata de la actitud ante la vida (Dios, uno mismo, los seres humanos, el mundo). Y solo conjugando el desarrollo científico con la dimensión moral seremos capaces de “promover el ambiente como casa y como recurso, en favor del hombre y de todos los hombres”⁷⁷. Por eso el Papa se refiere al cuidado de la Creación como un don compartido y no como una posesión privada. Y advierte que la crisis ecológica está en último lugar enraizada en el corazón del hombre, en su codicia, en su comodidad egoísta e irresponsable, que le llevan a controlar y explotar los recursos limitados de nuestro planeta, ignorando a los miembros más vulnerables, fomentando la pobreza y el subdesarrollo y reafirmando la globalización de la injusticia. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes⁷⁸. Debemos tenerlo muy presente al reflexionar sobre la pandemia Covid-19.

Todo esto nos lleva a la necesidad de cambio y de conversión. El Patriarca Ecuménico Bartolomé de Constantinopla, persona muy implicada en cuestiones ecológicas, decía que, después de haber vivido esta tremenda experiencia, el tiempo de las palabras ha terminado y ahora sólo pueden empezar las obras. Y clama a toda la humanidad para que “acoja el grito de

⁷² San Pablo VI, Carta apostólica *Octogesima adveniens*, Roma 1971.

⁷³ Cf. A. J. Kelly, *Integral Ecology and the Fullness of Life: Theological and Philosophical Perspectives*. Mahwah 2018.

⁷⁴ Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* 48, Roma 2009.

⁷⁵ Cf. Francisco, Carta encíclica *Laudato si'*, Roma 2015. Conviene releerla por entero.

⁷⁶ Cf. A. Zampini secretario adjunto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, entrevista publicada en *Religión Digital* el 4 de mayo de 2020.

⁷⁷ Pontificio Consejo Justicia y Paz, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Vaticano 2004, 465.

⁷⁸ Cf. *Mensaje del Santo Padre Francisco a Su Santidad Bartolomé I con motivo del simposio internacional "Toward a Greener Attica: Preserving the Planet and Protecting its People"*, Roma, 7 de junio de 2018; cf. también San Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1990*, 15.

dolor que surge de la naturaleza herida, de esta casa común nuestra, dentro de la cual nos hemos convertido en tiranos y no buenos ecónomos"⁷⁹. Para ello, no podemos limitarnos a buscar cómo resolver las cuestiones técnicas o impulsar tal solo algunas limitadas decisiones políticas, jurídicas o sociales. “No habrá una ecología sana y sustentable, capaz de transformar algo, si no cambian las personas, si no se las estimula a optar por otro estilo de vida, menos voraz, más sereno, más respetuoso, menos ansioso, más fraterno”⁸⁰.

Por eso, no podemos sino impulsar decididamente el camino iniciado en el Capítulo General de 2019 que, en su determinación 31, se comprometía a promover la educación, reflexión y acción de cuidar nuestra casa común. Pero no bastan buenas intenciones. Necesitamos acciones concretas que procedan de un auténtico cambio de mentalidad a este respecto.

2.4. Dos acentos

2.4.1. Utilidad de las redes sociales y de las nuevas tecnologías en nuestro apostolado

El Papa ha insistido en la necesidad de creatividad (“que el Señor nos dé a todos la gracia de la creatividad en este momento”⁸¹), en la que se muestre una Iglesia que, frente a una crisis, vive en la libertad del Espíritu y no cerrada en instituciones. “Tenemos que enfrentar el encierro con toda nuestra creatividad. O nos deprimimos, o nos alienamos, o creamos”. Y advertía la necesidad de creatividad apostólica, “creatividad purificada de tantas cosas inútiles, pero con añoranza de poder expresar la fe en comunidad y como pueblo de Dios”⁸². El tiempo de pandemia ha impulsado caminos nuevos en la pastoral y también actitudes nuevas, reflejadas en la valentía para cuestionar, para romper moldes, para no conformarnos con la rutina (con el “siempre se ha hecho así”). Y es que, para seguir la llamada del Señor, debemos implicarnos con todo nuestro ser y correr el riesgo cierto de enfrentarnos a un desafío desconocido⁸³.

La necesidad pastoral nos ha llevado a redescubrir las redes sociales; también se han multiplicado las transmisiones por *YouTube* y *streaming*. Hemos apreciado, de forma generalizada, las oportunidades que las nuevas tecnologías ofrecen no solo para la comunicación sino, sobre todo, para la evangelización y la pastoral. El reto es el de transmitir el Evangelio y la espiritualidad agustiniana usando el lenguaje y las herramientas de la nueva cultura de la comunicación.

Frecuentemente la motivación de los usuarios al acceder a las redes sociales es la interrelación en general, sin un propósito concreto. Nosotros sí tenemos un doble propósito: la vivencia de la vocación cristiana y la evangelización. Por eso se impone una reflexión sobre el tema, evitando la improvisación y el dejarnos llevar por criterios de moda, protagonismos y autorreferencialidad. El centro es Cristo, a quien seguimos en el camino agustiniano. Y el objetivo es que su Evangelio sea conocido y vivido mejor. Y para eso utilizamos los medios apropiados en esta época. Sin duda alguna las “nuevas tecnologías” constituyen uno de los signos de los tiempos que es preciso saber leer e interpretar.

⁷⁹ Mensaje del Patriarca Ecuménico de Constantinopla, con motivo del Día Internacional de la Madre Tierra, 22 de abril de 2020.

⁸⁰ Exhortación apostólica postsinodal *Querida Amazonía*, Roma, 2020, 58.

⁸¹ Francisco, Misa en la Domus Sanctae Marthae, 27 de abril de 2020.

⁸² Entrevista realizada por Austen Ivereigh y publicada el 8 de abril de 2020 en diversos medios.

⁸³ Cf. Mensaje del Santo Padre para la LVI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 9 de marzo de 2019.

Fundamentalmente se transmiten Eucaristías, oraciones, (principalmente laudes y vísperas o el santo rosario), lectio divina y comentarios de la Sagrada Escritura, exposición Eucarística. Se ha ofrecido también formación (teológica, bíblica, agustiniana...); se han creado espacios de diálogo, presentando temas concretos y respondiendo a cuestiones y preguntas. Las posibilidades son enormes. De golpe se ha descubierto la utilidad de las nuevas tecnologías y de las redes sociales, que han venido para quedarse. De la llamada “generación digital” pasamos a la integración de todos. De ser un instrumento utilizado por unos pocos, al uso generalizado. Evidentemente hay que aprender. Lo mismo que se aprendió el uso de internet, ahora se impone dar un paso más. Este es un reto para el inmediato futuro. No abordar el uso de las nuevas tecnologías significará quedarse “descolgado”, perder efectividad apostólica.

Hay riesgos evidentes. El Papa señalaba algunos: agrupamiento en torno a intereses o temas caracterizados por vínculos débiles; exclusivismo, rechazo hacia quienes no pertenece al grupo; exclusión de la heterogeneidad; individualismo desenfrenado; fomento del narcisismo. Convertirse en “ermitaños sociales”, con el consiguiente riesgo de apartarse completamente de la sociedad. “La imagen del cuerpo y de los miembros nos recuerda que el uso de las redes sociales es complementario al encuentro en carne y hueso”⁸⁴. Tenemos la oportunidad y la necesidad de favorecer el uso positivo. Es un tema a profundizar y a desarrollar procurando responder a una triple pregunta: qué, para qué y cómo. Así podremos avanzar en una mayor coordinación, mayor interacción, mejor calidad y mayor efectividad⁸⁵.

Las nuevas tecnologías abren también caminos para el diálogo entre culturas y religiones y ofrecen la oportunidad de encontrarse en el espacio digital (ciberespacio). Es un signo de los tiempos que debemos saber leer y utilizar. Dada la rica variedad de proyectos existentes para hacer presente la experiencia cristiana en el mundo digital con calidad y profesionalidad, es igualmente necesario iniciar y potenciar el trabajo en común no solo por parte de los hermanos y circunscripciones de la Orden, sino también entre las instituciones de la Iglesia: “Es oportuno establecer cauces de colaboración que permitan trabajar eficazmente en este contexto para hacer más atractiva la presencia de Cristo y el Evangelio en las redes sociales y aprovechar mutuamente los logros con sentido de comunión”⁸⁶.

2.4.2. Hacia una Iglesia más desclericalizada

El tiempo de confinamiento debido a la pandemia Covid-19 ha favorecido una profundización en el ser de la Iglesia. Y se ha visto con claridad, en la práctica, lo que ya se sabía teóricamente: Iglesia somos todos, no solo los obispos, religiosos y sacerdotes. Aunque hay distintas vocaciones, todos somos iguales en dignidad y todos estamos llamados a colaborar en evangelización para que la Buena Nueva llegue a todos los rincones, no solo geográficos⁸⁷. Esta crisis ha puesto en evidencia, a través de su inmensa y generosa acción en unos momentos dramáticos, que Iglesia es Cáritas, Iglesia son los sacerdotes y los capellanes de los hospitales,

⁸⁴ Francisco, *Redes sociales e internet, mensaje del Papa para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero de 2019.

⁸⁵ “El anuncio de Cristo en el mundo de las nuevas tecnologías requiere conocer éstas en profundidad para usarlas después de manera adecuada”: Benedicto XVI, “*Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo, de amistad*”, *XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de mayo de 2009)

⁸⁶ Conclusiones del Encuentro Ibérico 2013 de las Comisiones de Medios de Comunicación Social de las Conferencias Episcopales de España y de Portugal, La Seu D’Urgell 3-5 de junio de 2013.

⁸⁷ Cf. *Lumen gentium* 32.

los profesionales de la sanidad, Iglesia son los que sufren y los que rezan, los consagrados y consagradas que ayudan, Iglesia son las familias. Nunca como ahora se ha realizado el sueño del Concilio Vaticano II de una Iglesia doméstica.

Entre las enseñanzas que podemos obtener de lo vivido durante la pandemia está la necesidad de avanzar en la desclericalización, a la que el Papa Francisco se ha referido con frecuencias como una de las tareas más necesarias. Y llega a decir: “Una de las consecuencias de una mala formación que más me preocupa es el clericalismo. No hay duda de que es una de las perversiones más graves de la vida consagrada”⁸⁸. Todavía necesitamos cambiar más la mentalidad y estamos ante una gran oportunidad para ello: igual que no podemos reducir la Iglesia solo a clérigos y religiosos, tampoco la Orden de San Agustín se reduce únicamente los frailes. Recordamos lo que dicen las Constituciones cuando señalan claramente que la Orden de San Agustín está formada por los frailes, las monjas agustinas de vida contemplativa, y los fieles laicos adscritos a Fraternidades seculares agustinianas, legítimamente erigidas⁸⁹. El camino por el que seguir avanzando se refiere sobre todo a la formación, a la participación y al apostolado. Y, en definitiva, a profundizar en el sentido de Orden también en este aspecto. Un camino iniciado hace años pero que necesita un mayor impulso, más valentía y mayor convencimiento.

Robert Prevost, señalaba con acierto: “Nuestro amor a Dios y entre nosotros, nuestro deseo para entrar en diálogo los unos con los otros y con los laicos, y nuestro trabajo por la justicia al lado de los marginados, los excluidos, los pobres de hoy – estos son los elementos que abrirán nuestra mente a lo que el Espíritu nos está diciendo. Con reverencia por nuestra herencia agustiniana y con nuestro compromiso para renovarnos a nosotros mismos mientras nos preparamos para el futuro, nuestras vidas y nuestras comunidades serán transformadas, como si una vez más escuchásemos de nuevo aquellas palabras: Ven y sígueme”⁹⁰.

Toda respuesta a los retos y desafíos resultantes de la pandemia, sin duda alguna, debe ser comunitaria. Tanto si miramos hacia dentro de la Orden (mayor integración entre frailes, monjas y laicos), como hacia fuera (colaboración con otras estructuras de la vida consagrada, eclesiales, interreligiosas; colaboración con la sociedad civil y los gobiernos). Si nos sabemos y nos sentimos miembros de una gran familia, entonces cobran sentido términos como solidaridad, ayuda, implicación, sacrificio, participación, etc. Entonces, unidos a Cristo, cobra sentido la caridad.

3. UNA MIRADA DESDE LA ESPERANZA

Un arzobispo y teólogo escribió un texto que conserva una sorprendente actualidad: "Tenemos que aprender a considerar las dificultades de estos momentos como una oportunidad de purificación, de fortalecimiento espiritual y apostólico de nuestra Iglesia, como una llamada de Dios a la conversión personal, una fuerte invitación a volver a las raíces de nuestra fe y de nuestra vida, a vivir con mayor desprendimiento y con una valoración más grande de nuestra fe y de los dones de Dios que tenemos que vivir y que debemos también ofrecer a los demás,

⁸⁸ Papa Francisco, *La fuerza de la vocación. La vida consagrada hoy. Una entrevista con Fernando Prado*, Madrid 2018.

⁸⁹ Cf. *Constituciones* 40.

⁹⁰ R. Prevost, *Homilía durante la Misa de clausura del Capítulo General Ordinario*, Roma 21 de septiembre de 2007: Acta OSA 59 (2007) 114.

saliendo de nuestra comodidad, de nuestra apatía y de nuestros miedos e inseguridades. [...] Vivimos tiempos de prueba, hagamos que con la ayuda de Dios se conviertan en tiempos de renovación, tiempos de evangelización, tiempos de regeneración moral de la sociedad, tiempos de convivencia de paz y prosperidad. Seamos fermento de paz y de confianza. En el nombre y con la ayuda del Señor"⁹¹.

La espiritualidad agustiniana, cristocéntrica y eclesiológica, es comunicadora de esperanza y de entusiasmo hacia el futuro. El realismo nos lleva a constatar las dificultades y sombras de nuestra época, pero, al tiempo que nos implicamos en la búsqueda de soluciones, abrimos una dinámica renovadora que se inicia con la conversión propia: "Soléis decir: los tiempos son difíciles, los tiempos son duros, los tiempos abundan en miserias. Vivid bien y cambiaréis los tiempos con vuestra buena vida; cambiaréis los tiempos y no tendréis de qué murmurar"⁹².

El futuro de la Orden de San Agustín tendrá perfiles muy distintos a los que hoy conocemos. Pero esto no es motivo de temor y mucho menos de desaliento, sino todo lo contrario. Puede ser un estímulo para retomar la autenticidad del carisma agustiniano. Desde una vida más sencilla, más auténtica y más ilusionada, podremos ofrecer una respuesta clara y enormemente atractiva a la pavorosa soledad de las personas y al terrible vacío de las conciencias en una sociedad sacudida por el dolor, el miedo y la muerte. La pandemia Covid-19 pide, exige, de nosotros una respuesta valiente y creativa.

Finalizamos estas reflexiones con el hermoso texto de los Soliloquios y decimos con San Agustín: "A ti invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. Dios, Sabiduría, en ti, de ti y por ti saben todos los que saben. Dios, verdadera y suma vida, en quien, de quien y por quien viven las cosas que suma y verdaderamente viven. Dios bienaventuranza, en quien, de quien y por quien son bienaventurados cuantos hay bienaventurados. Dios, Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todo lo bueno y hermoso. Dios, separarse de ti es caer; volverse a ti, levantarse; permanecer en ti es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir, convertirse a ti es revivir, morar en ti es vivir. Dios, a quien nadie pierde sino engañado, a quien nadie busca sino avisado, a quien nadie halla sino purificado. Dios, dejarte a ti es ir a la muerte; seguirte a ti es amar; verte es poseerte. Dios, a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad. Te invoco a ti, Dios, por quien vencemos al enemigo"⁹³.

⁹¹ F. Sebastián, *Situación actual de la Iglesia. Algunas orientaciones prácticas. Carta del arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela*, 17 de marzo de 2007.

⁹² San Agustín, *Sermón* 311,8.

⁹³ San Agustín, *Soliloquios* 1,1,3.